

NEUTRALIDAD Y BELIGERANCIA PERIODÍSTICO-LITERARIA ESPAÑOLAS EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL. NOTAS INTRODUCTORIAS

MANUEL MARTÍNEZ ARNALDOS

CARMEN M. PUJANTE SEGURA

Universidad de Murcia

Como sucediera en España durante la Primera Guerra Mundial, época en la que los periódicos se mostraron en plena ebullición y beligerancia a pesar de la neutralidad española, en nuestros días, salvando las naturales y lógicas diferencias en cuanto al número de noticias, crónicas y reportajes, con motivo del centenario de tal efeméride bélica son constantes los artículos y estudios, en periódicos, revistas y libros que, desde distintas perspectivas –culturales, literarias, históricas, políticas e ideológicas–, nos llegan a quioscos y librerías para ofrecernos nuevas revisiones de un acontecimiento sobre el que todavía queda mucho por analizar, pese a la ingente bibliografía de la que disponemos. Y a ello nos prestamos, con este número de la revista *Monteagudo*, su decimonoveno, para tratar de ofrecer nuevas reflexiones desde el ámbito específico de la Primera Guerra Mundial y el acontecer literario en España: 1914.

Valga atender a la prensa, por ejemplo, al periódico *El País*, que en los últimos meses viene publicando diversos artículos, alguno de ellos relacionados con la influencia de la historia en la literatura, como el titulado «16 libros imprescindibles para entender la I Guerra Mundial».¹ Se trata, como decimos, de un hecho histórico pero también con amplias connotaciones culturales y literarias. Lo podemos comprobar en el número monográfico que la revista *Ínsula* dedicó, en 2013, bajo el epígrafe de «Las palabras de la guerra, la guerra de las palabras»;² o con un claro oportunismo, aunque con distinta índole científica, en los trabajos de Juan Eslava Galán, *La Primera Guerra Mundial contada para escépticos*,³ y Maximiliano Fuen-

¹ Guillermo Altares, *El País*, 22 de mayo de 2014. Entre los dieciséis, incluye dos españoles: el *best-seller* de Vicente Blasco Ibáñez *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916); y *París bombardeado* (1921), de Azorín, recopilación de las crónicas que éste escribió desde París, en 1918, para el diario *ABC*.

² Véase Jordi Amat y José Ramón González (eds.), *Ínsula*, 804 (2013).

³ Barcelona, Planeta, 2014.

tes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*.⁴ No obstante, desde hace años, es un tema que no ha dejado de interesar, ya sea a través de numerosos artículos, como por ejemplo, entre otros muchos, el de Claire-Nicolle Robin, «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial»,⁵ el de Paloma Ortiz-de-Urbina, «La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914»,⁶ o el de José Ramón González, «Texto, retórica e ideología en *Herman Encadenado*: Ramón Pérez de Ayala, cronista de guerra»;⁷ o bien a través de ensayos, entre los que merece interés, dada la atención que presta a las escritoras en primera línea de guerra, la edición de Margaret R. Higonnet, *Lines of fire. Women Writers of World War I*.⁸

Y, junto a tales estudios, nos merece especial relevancia la posición de neutralidad que adoptó el Gobierno español, el 7 de julio de 1914, tan sólo diez días después de declararse la contienda. Una neutralidad que, con el transcurrir de los días, se torna cada vez más beligerante en los dominios periodísticos a través de editoriales y artículos de opinión, lo que a su vez incide de manera extrema en la concienciación política y «bélica» de la sociedad española. Si atendemos, por ejemplo, a semanarios como *Nuevo Mundo* y *La Esfera*, advertimos cómo en el primero, en su número 1075 (del 13 de agosto de 1914), su director, Nicolás María Urgoiti, inicia una amplia serie de artículos o editoriales bajo el epígrafe de «Europa a sangre y fuego». A la vez empiezan a publicarse en los sucesivos números artículos sobre el conflicto de autores, entre otros, como Ramiro de Maeztu,⁹ Unamuno,¹⁰ Ricardo León, Luis Araquistáin o Ramón Pérez de Ayala,¹¹ además de las crónicas de guerra de su corresponsal Prudencio Iglesias Hermida. Por otra parte, en el segundo, *La Esfera*, desde el número 32 (del 8 de agosto de 1914) se suceden los artículos, entre otros, de Manuel Bueno, Luis Bello, José Francés, Dionisio Pérez, J. Francos Rodríguez o V. Blasco Ibáñez.¹² Nombres algunos de ellos que, junto a los de Javier Bueno

⁴ Madrid, Akal, 2014.

⁵ *AIH, Actas X*, Barcelona, 1989, págs. 215-222.

⁶ *Revista de Filología Alemana*, 15, 2007, págs. 193-206.

⁷ *Moenia*, 18, 2012, págs. 151-174.

⁸ New York, Penguin/Plume, 1999.

⁹ Como corresponsal de guerra en Italia, a partir del número 1080, 19 de septiembre de 1914, bajo el antetítulo «Desde Génova», inicia la publicación de diversas crónicas semanales.

¹⁰ En ese mismo número del 19 de septiembre de 1914, bajo el epígrafe «De la España neutral», se publica el conocido y muy comentado artículo unamuniano titulado «¡Venga la guerra!».

¹¹ A partir del número 1083, del 10 de octubre de 1914, bajo el rótulo «Tabla rasa», comienza la publicación de una serie de artículos bajo el título «Sobre el concepto de barbarie».

¹² En Nota de prensa que se incluye junto al primero de sus artículos, «Los dos soldados» (nº 43, 24 de octubre de 1914), se informa a los lectores del inicio de colaboración de Blasco Ibáñez en las publicaciones de «Prensa Gráfica», con artículos que «serán como capítulos de una gran novela trágica».

(«Antonio de Azpeitua»), Julio Camba, *Azorín*, Juan Pujol, Sofía Casanova, Alberto Insúa, Eduardo Zamacois, Salvador de Madariaga, Agustí Calvet («Gaziel») o Manuel Aznar Zubigarai, entre otros, dada su personalidad y reconocimiento literario y periodístico serán enviados como corresponsales de guerra por diversos diarios como *ABC*, *La Correspondencia de España*, *Heraldo de Madrid*, *El Liberal*, *El Imparcial*, *El País*, *La Tribuna* o *La Vanguardia*.¹³

Múltiples crónicas de guerra, editoriales periodísticos y artículos de opinión, generan una avidez lectora en la sociedad española, que procura estar al día de los acontecimientos bélicos y que, a la vez, influye en la opinión de nuestros conciudadanos a la hora de tomar partido por uno u otro de los bandos contendientes, lo que dará lugar a debates entre aliadófilos y germanófilos. Convirtiéndose de nuevo los Casinos, Ateneos, Centros culturales, Cafés y Cervecerías, que habían iniciado su ocaso ante los nuevos lugares de diversión (cabarets, cinematógrafos, etc.), en lugares propicios para el debate y la tertulia, como nos hace ver *Andrenio* en su interesante artículo de significativo título: «La guerra del café».¹⁴ También el antitaurino y antiflamenquista *Eugenio Noel* nos cuenta cómo, entre el 1 y el 11 de septiembre de 1914, «la guerra lo absorbe todo», y cómo todas las noches va al *Café Lion d'Or* a leer la prensa, además de que ha comenzado a escribir por las tardes en la Cervecería de *El Águila* una serie de trabajos con el título general de *Flores de la guerra*, «aparecidos en diversos diarios y semanarios de la época».¹⁵ Así, pues, junto a los referidos Café y Cervecería, otros Cafés como El Colonial, Fornos, Levante, Lisboa o Pombo,¹⁶ se pueblan de animadas tertulias cuyo tema principal es la Guerra Europea. Sin embargo, según transcurren los meses, los españoles empiezan a estar cansados de la guerra. La expresión «No me hable usted de la guerra» goza, cada vez más, de predilección entre los tertulianos:

La gente no tiene a quién echar la culpa de la confusión, contradicción, tendencia y parcialidad de las noticias. [...] No quiere oír hablar de la guerra porque le fatiga, le cansa ver que pasan los meses y meses sin que ocurra nada definitivo. Estos prefieren los folletines manejables; los desenlaces rápidos; estaban encantados con el Káiser, porque tenía su plan de avances incontrastables y ataques a lo Saller. Al comprender que la historia no

¹³ Sobre la prensa española durante la Primera Guerra Mundial, véanse: Pedro Gómez Aparicio, *Historia del periodismo español*, vol. III, Madrid, Editora Nacional, 1974, págs. 429-486; y M^a Cruz Seoane y M^a Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España*, Madrid, Alianza, 1996, págs. 211-321.

¹⁴ *Nuevo Mundo*, n^o 1081, Madrid, 26 de septiembre de 1914.

¹⁵ Cfr. *Eugenio Noel, Diario íntimo*, vol. II, Madrid, Taurus, 1968, págs. 36-37.

¹⁶ Además de los citados Cafés y otros lugares de diversión y esparcimiento, véase Víctor Ruiz Albéniz («Chispero»), *¡Aquel Madrid...! (1900-1914)*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1944.

marcha al paso de las películas cinematográficas, se llaman a engaño. Como espectadores, se impacientan y en vista de que no pueden patear, adoptan el gesto fatigado del que ya desespera y se desentiende del final.¹⁷

Criterio que empieza a extenderse entre las masas populares y que contrasta con el de los intelectuales¹⁸ que, pese a sus opiniones encontradas, jugaron un importante papel, desde la neutralidad española, a la hora de ofrecer juicios para la reconstrucción y entente europea, fuera desde la perspectiva de los aliados o de los germanos. Y desde tales puntos de vista son de reseñar diversos manifiestos: el primero, a favor de los aliados, publicado en la catalana revista *Iberia*, el 10 de julio de 1915, con el título de «El manifiesto de los intelectuales españoles», firmado, entre otros, por R. Pérez de Ayala, J. Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, M. de Unamuno, *Azorín*, R. M. del Valle-Inclán o G. Marañón; el segundo, de signo contrario, aparecido en el periódico *La Tribuna*, el 18 de diciembre de 1915, llevaba por título «Amistad germano española», y entre sus firmantes figuran J. Benavente, R. López de Haro, J. M. Salaverría, C. Arniches, J. M. Carretero Novillo («El Caballero Audaz»), P. Baroja o J. Casares. Dos manifiestos pioneros, ampliamente divulgados, a los que sucedieron otros, conforme avanza la guerra, como el que se publica en la revista *España*, el 18 de enero de 1917, con la denominación de «Manifiesto de la Liga Antigermanófila»; y ya, al finalizar la guerra, el 7 de noviembre de 1918, de nuevo en la revista *España*, se vuelve a incluir otro manifiesto tendente a sentar las bases fundacionales de la *Unión Democrática Española*, con el fin de que España pudiera ingresar en la Sociedad de Naciones.¹⁹

Mas, como antes sugeríamos a propósito de Luis Bello, las masas populares empiezan a interesarse, más que por el pensamiento y análisis político –cuando no filosófico– de los intelectuales –no exento de complejidad y ambigüedad–, por cuestiones más insustanciales, por relatos que les procuren evasión y entretenimiento, o, en todo caso, por una percepción de la guerra por medio de narraciones en las que

¹⁷ Cfr. Luis Bello, «Cuando no había periódicos», en *La Esfera*, n° 47, 21 de noviembre de 1914.

¹⁸ Según la sui generis y curiosa interpretación de Romero Flores, «[...] el uso prodigado de este vocablo [«intelectual»] empezó con ocasión de la Gran Guerra y con referencia a la parte de compatriotas que habían tomado la defensa calurosa de uno de los dos bandos contendientes, la indicada expresión jugó un importante papel en nuestra patria a lo largo de los cuatro años de la locura mundial. Después de este lapso fué cediendo el abuso de ella, hasta quedar, por fin, engastada en su propio concepto y restituída a su justo valor; mas no cabe duda que la palabra «intelectual», con su recámara maliciosa, se incorporó definitivamente al espacio de tiempo sobredicho» (cfr. H. R. Romero Flores, *Reflexiones. Sobre el alma y el cuerpo de la España actual (1900-1932)*, Madrid, Plutarco, 1933, págs. 121-122.

¹⁹ Véase Paloma Ortiz-de-Urbina, «La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914», cit., págs. 196-198.

prime la anécdota, el colorido de ambientes y situaciones precisas vividas por los corresponsales de guerra. Y a ello se prestan alguno de éstos, en connivencia con los editores, para satisfacer los gustos que el público demanda. De tal modo que, en pleno auge del período bélico, muchas de las crónicas, todavía presentes en la mente de sus lectores por su reciente publicación en periódicos y revistas, son rápidamente recopiladas por sus autores en diversos libros, a los que añaden, en ocasiones, rasgos estilísticos y recursos técnicos para otorgarles mayor agilidad y vivacidad expresiva al texto, y así aumentar su función persuasiva y emotiva. Eduardo Zamacois, corresponsal de *La Tribuna*, en 1915 y 1916, respectivamente, publica *La ola de plomo (Episodios de la Guerra Europea), 1914-1915*,²⁰ y *A cuchillo (Episodios de la Guerra Europea. Francia-Suiza-Italia)*,²¹ en el que nos relata su regreso a España pasando por París, Ginebra, Berna e Italia. Por esos mismos años, el corresponsal de *ABC* Juan Pujol agrupa en tres volúmenes diferentes crónicas: *De Londres a Flandes. (Con el ejército alemán en Bélgica)*,²² *En Galitzia y el Isonzo. (Con los ejércitos del General von Mackensen y del Archiduque Eugenio de Austria)*,²³ y *La Guerra. Cuentos y narraciones*;²⁴ aunque lleva el subtítulo de «cuentos y narraciones» y el autor en el prólogo los califica como «artículos», son propiamente crónicas periodísticas referidas a su viaje y estancia en Constantinopla, en septiembre de 1915. También Ramón Pérez de Ayala, en 1917, recopila buena parte de las crónicas enviadas desde Italia al periódico bonaerense *La Prensa*, desde agosto de 1916 a octubre de 1917 en el libro titulado *Herman Encadenado. Notas de un viaje a los frentes del Isonzo, La Carnia y el Trentino*.²⁵ Recién terminada la guerra, Azorín da a la imprenta *París bombardeado*,²⁶ donde recoge las crónicas enviadas a *ABC* entre mayo y junio de 1918. Ejemplos, los expuestos, de inmediatez en la compilación de crónicas de guerra por parte de sus correspondientes autores, a los que podríamos añadir otros nombres de escritores corresponsales como serían los casos de Sofía Casanova, Ramiro de Maeztu o Ricardo León.

Libros los citados, en cuanto a fechas de edición y contenido, a los que, hasta cierto punto, seguirán en su estela distintos autores con numerosos cuentos y novelas cortas aparecidas en revistas y colecciones dedicadas a ese género en la época, que aprovechan la situación bélica para presentar otros puntos de vista, mezcla de

²⁰ Madrid, Vda. de Pueyo, 1915.

²¹ Barcelona, Maucci, 1916.

²² Madrid, Renacimiento, 1915. Conjunto de crónicas publicadas en *ABC* entre el verano de 1914 y el invierno siguiente.

²³ Madrid, Renacimiento, 1916. Crónicas aparecidas en *ABC* entre los meses de abril y agosto de 1915.

²⁴ Madrid, Vda. de Pueyo, 1917.

²⁵ Madrid, Imprenta Clásica Española, 1917.

²⁶ Madrid, Renacimiento, 1919.

ficción y realidad histórica con trasfondos, a veces proclives al folletín, en los que se incide en el drama humano ocasionado por la guerra con tintes amorosos. Sin obviar el tratamiento de personajes históricos, protagonistas de la contienda, presentados de forma más o menos encubierta. Conjunción de dos tendencias: la propiamente literaria y la periodístico-literaria que constituyó, sin lugar a dudas, una interesante experiencia textual comparativa, en cuanto a la hora de presentar historias y hechos extraídos del mismo ámbito referencial. Dejando al margen los cuentos publicados en las distintas revistas, entre las novelas cortas podemos anotar algunas, por orden cronológico: *El espía*,²⁷ de José Francos Rodríguez, es una narración que se sitúa en los primeros meses de guerra y en la que un joven enamorado cruza al bando contrario para poder ver a su novia pero, descubierto, es acusado de espía, por lo que es fusilado; *El casco de hierro*,²⁸ de Miguel de Palacios, se enmarca ya avanzada la guerra en Alemania, y en ella el viejo Guillermo y su joven nieto Federico (que acaba de casarse) conversan sobre la situación bélica, pero posteriormente tiene que marchar a la guerra, donde es herido, por lo que ambos reclaman y apoyan una revolución que destituya al Emperador y traiga la paz; *Mientras en Europa mueren*,²⁹ de Antonio de Hoyos y Vinent, es una especie de crónica mundana sobre la vida socio-cultural y literaria en la España neutral; *Corresponsal de guerra*,³⁰ de Rafael López de Haro, narrada en forma epistolar por medio de las cartas que se cruzan entre el corresponsal de guerra, su novia y un amigo, nos da cuenta de las vicisitudes del corresponsal en el frente y la de su novia y amigo en un país neutral, pero, en un determinado momento del relato, es interesante leer la opinión del autor a través del personaje de Julia (la novia) respecto al estilo de los cronistas de guerra: «La mayoría de los cronistas pecan de técnicos, pero tú eres un buen cronista plástico, tal es tu misión» (sin paginar); y *Cuentos de la guerra*,³¹ de Vicente Blasco Ibáñez, es una agrupación de diversos cuentos bajo el denominador común de la guerra, entre los que se incluyen «El monstruo», «Noche servia», «El empleado del coche-cama», «Las vírgenes locas» y «El novelista».

Podemos constatar por el boceto expuesto la situación socio-cultural, periodística y literaria que se vive en la España neutral desde diferentes frentes, tonos y géneros, según ilustran los estudios reunidos en este número que se lleva preparando un par de años. Como bien recuerda la catedrática francesa C. Rivalan-Guégo, se trata de

²⁷ *La Novela de Bolsillo*, nº 29, Madrid, 1914. En esta colección sólo se indica el número de la publicación, pero no la fecha de edición. Deducimos el año al haber podido consultar la colección completa.

²⁸ *La Novela de Bolsillo*, nº 75, Madrid, 1915.

²⁹ *Los Contemporáneos*, nº 418, Madrid, 29 de diciembre de 1916.

³⁰ *La Novela Corta*, nº 94, Madrid, 20 de octubre de 1917.

³¹ *Los Contemporáneos*, nº 499, Madrid, 25 de julio de 1918.

una neutralidad «a prueba de fuego», tal y como se puede apreciar en el compromiso que adoptan algunos escritores que ya venían participando previamente en la «retaguardia» literaria, como podríamos llamar a las revistas y colecciones literarias que por esos años en España contaban con un gran público lector, especialmente, de relatos breves. A pesar de ser tratados como subliteratura o paraliteratura, esos mismos medios de publicación, tan próximos a la prensa por otra parte (y por ende, a los acontecimientos históricos contemporáneos), podríamos verlo como un adecuado termómetro con el que medir la influencia de ese conflicto europeo y después mundial. Además de las citadas anteriormente, una de esas colecciones de más éxito precisamente entre el ciudadano medio era *La Novela Corta* que, por sus años de vida editorial, de 1916 a 1925, pudo vivir y retransmitir el devenir histórico pero filtrado a través de la literatura y la ficción, saliéndose precisamente de su línea habitual de no referirse a hechos contemporáneos. Analizando los relatos que en esa colección se escribieron en relación con ese tema, R. Mogin-Martin destaca, curiosamente, el tono pacifista de las perspectivas de los colaboradores que, aun conscientes de que se trata de un hecho ajeno, ven en él una lectura de futuro en el que, de hecho, quieren verse implicados.

Aunque no se trate de un escritor de «retaguardia» sino de las primeras filas de la literatura del momento, Gabriel Miró participaba en esas colecciones en las que incluso se fue formando; pero también se curtió en la prensa como, por ejemplo, en *La Vanguardia*: el destacado especialista M. A. Lozano Marco repasa las colaboraciones del escritor alicantino en relación con el suceso histórico, si bien se encuentra de fondo un suceso vital para él: en ese año se podría apreciar un viraje en su concepción ética a la par que estética, en especial a través del gran personaje de Sigüenza. Otro gran escritor e intelectual como Miguel de Unamuno se posiciona también ante la Gran Guerra, tal y como estudia aquí Stephen G. H. Roberts; Unamuno también se vale de la prensa para reflexionar sobre la guerra europea y sobre sus consecuencias sobre España. Pero, como decimos, sólo aparentemente lejanos y ajenos a la Primera Guerra Mundial pueden permanecer otros escritores españoles, más asiduos a la literatura comercial pero, por ello, muy vinculados con el mundo de la prensa. Se puede apreciar gracias a Eduardo Zamacois, estudiado por José Manuel González; como otros artistas y escritores contemporáneos, Zamacois vive viajando, precisamente por el territorio europeo en guerra, valiéndose en particular de *La Tribuna* y del interesante género de la crónica para informar de ese difícil conflicto que se vive más allá de las fronteras españolas. Pero, efectivamente, esa guerra mundial (que años después tendría su continuación) no sólo llamaba a la literatura, sino también a la adaptación cinematográfica de obras literarias, como sería *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* del célebre Blasco Ibáñez, que también estaba familiarizado con

la crónica, con la literatura «bien pagada» y con la traducción; Rodolfo Valentino supo de ello y realizó esa adaptación que J. M. Company analiza en este número de *Monteagudo*. Y, por supuesto, se escribe en plena guerra, en las trincheras, como así hizo el inglés Siegfried Sassoon, figura estudiada aquí por T. Albaladejo junto a D. Amezcua desde la interdiscursividad y desde diferentes lugares y motivos como el amanecer y el ocaso.